

Los fines de la paz y la política

Por Eduardo Posada Carbó

En un balance reciente de su propia administración ante empresarios en Barranquilla, el Presidente Andrés Pastrana defendió el proceso de paz impulsado por su gobierno. Según el corresponsal de *El Herald*, el Presidente destacó entre sus logros el que hoy se tuviese "una agenda de la paz por Colombia" - la llamada "agenda común" que identificó una amplia gama de temas sustantivos negociables con la guerrilla -, al tiempo que lamentó el que el país no hubiese apreciado su propuesta de paz como una "estrategia integral" que iba más allá de las negociaciones en el Caguán. Al nuevo Gobierno que le toque reiniciar un proceso de negociación, señaló el Presidente, arrancaría de otro punto de partida, distinto del que le correspondió a su administración.¹

La intervención presidencial anticipa algunos de los aspectos más sobresalientes de su gestión por la paz que merecerían un examen más detenido. Por lo pronto, interesaría reflexionar una vez más sobre la noción de paz que las palabras del Presidente Pastrana vuelven a poner sobre la mesa de discusión.² ¿Cuál es la paz que anhela la sociedad colombiana? ¿Con quién se estuvo y se estaría negociando en el futuro esa paz: con los grupos alzados en armas, o con toda la sociedad colombiana? ¿Qué es, en definitiva, lo negociable y cuáles son las partes de la negociación?

Tal vez sorprenda a algunos que, después de tantos años de frustrados intentos de paz, tengamos que hacernos preguntas tan básicas.³ Quizá sorprenda más, entonces, que las respuestas a dichos interrogantes sigan siendo así mismo tan confusas. Las razones de buena parte de la confusión se encuentran en ciertas premisas filosóficas sobre la política, y sobre nuestra política en particular, que han dominado el discurso intelectual colombiano durante las últimas décadas. El lenguaje de la paz aún en boga encierra equívocos y hasta contradictorios mensajes sobre los consensos que deben informar la construcción de sociedades democráticas y pluralistas.

El llamado *Good Friday Agreement*, celebrado en Belfast en abril de 1998 - con las bases del proceso de paz en la provincia de Irlanda del Norte -, ha motivado algunos estudios sobre la naturaleza de los consensos posibles en sociedad en conflicto que me parecen relevantes al caso colombiano.⁴ Un ensayo del profesor de la Universidad de Ulster, Arthur Aughey, recordaba el llamado de un expresionista alemán bajo la república de Weimar: "no escuchemos más acerca de la guerra, la revolución y la salvación del mundo. Seamos modestos y volquemos nuestra atención sobre las cosas pequeñas".⁵ Según Aughey, el acuerdo de Belfast podría interpretarse como una invitación a hacer "cosas pequeñas pero alcanzables". ¿Cuáles serían estos fines modestos?

En su intento de apreciar el significado del acuerdo de Belfast, Aughey propone examinar dicho interrogante a través de la contraposición de dos conceptos: la política de la civilidad y la política de la incivilidad, o, en otras

palabras, cómo lograr la transición de la última a la primera, cómo erradicar la confrontación violenta en las relaciones sociales. Para tal efecto, Aughey recurre a autores con los cuales tendríamos que familiarizarnos más, entre ellos Michael Oakeshott, George Santayana y Chantal Mouffe.

Oakeshott, uno de los filósofos ingleses más destacados del siglo XX, parece aquí un buen punto de partida para entender ese llamado en favor de "la política de la modestia". Aughey destaca del pensamiento de Oakeshott su preocupación por un ideal formal de civilidad que no está basado en una noción sustantiva del bien común.⁶ Lo que interesa son las reglas y procedimientos a los que debe suscribir el conjunto social en la búsqueda de sus propósitos y satisfacción de sus intereses. Estas reglas no serían valorativamente neutrales: tales principios se entienden mejor, según Aughey, en la "práctica de la civilidad" que han logrado las sociedades democrático-liberales.

Aughey aclara que la "política de la civilidad" no significa que "cualquier cosa vale"; lo aceptable, lo negociable, tendría principios y límites. La "tolerancia ilimitada", observa Santayana, "no asegurará la paz, a menos que la paz trabaje como un mágico sedante hasta destruir el disenso". La lección de Santayana complementa una perspectiva de la civilidad con énfasis en las reglas y en los procedimientos: la tragedia de quienes aspiran a una paz eterna es que nunca consiguen lo que buscan, las aspiraciones maximalistas de la paz conducen a una política de demandas por último no negociables.

Aughey resume así el ideal de la "civilidad": "el reconocimiento y la aceptación de la diversidad dentro de los parámetros de reglas formales. La identificación con esas reglas y procedimientos crea una asociación política con características especiales. Tal asociación se define no por sus propósitos comunes sino por la aceptación de una forma de relacionarse con otros dentro de esa asociación. Las reglas de la civilidad política en su conjunto constituyen una gramática de conducta, en la cual expresamos nuestros deseos y señalamos las virtudes y el espíritu de la asociación".⁷

Esta exposición, en apariencia abstracta y teórica, tiene no obstante un profundo sentido práctico. Aughey se propone rescatar la centralidad de los partidos políticos - y de la política democrático-liberal (que admite por definición la presencia de antagonistas)⁸ -, frente a la idealización de la sociedad civil y la ilusión de los consensos absolutos. También se propone defender la "política de la civilidad" como la paz posible, contra el enfoque limitado de quienes persisten en acudir a la historia o a la cultura para sugerir que la solución al problema está en "la educación, la exhortación y la reconciliación de las tradiciones", un mensaje que termina cerrando cualquier pronta salida.

En la interpretación de Aughey, el Acuerdo de Belfast estaría creando las condiciones para la "política de la civilidad". Provee, en primer lugar, una ruta de escape de la violencia autodestructiva que ha caracterizado a la provincia norirlandesa en las últimas décadas. Adicionalmente, sienta unos principios comunes para la vida pública: "ésto no significa la adopción de un consenso

sustantivo o una visión colectiva del mundo. Simplemente significa una consolidación de intereses alrededor de las fronteras, los límites y las expectativas del comportamiento político".⁹ Y se traduce en unas reglas exigentes para los actores y protagonistas de las negociaciones. La condición general de suscribir un acuerdo como el de Belfast sería la de renunciar completamente a la violencia en la búsqueda de fines políticos; todas las partes deben estimar por igual el valor de métodos exclusivamente pacíficos para solucionar los antagonismos. Esta "política de civilidad" contenida en el Acuerdo de Belfast significaría, ante todo, que "el fin nunca puede ser mayor que los procedimientos democráticos o las leyes civiles".

Negociar en Colombia, "¿pero qué?", se preguntaba en un ensayo reciente Joaquín Villalobos. Su propuesta puede ser controvertible, pero tiene la ventaja de sustraer de una eventual agenda negociadora esa amplísima gama de temas sustantivos, en el afán de llegar a un consenso maximalista con los alzados en armas que dominó en los últimos años.¹⁰ En un documento similar, el exministro Rafael Pardo Rueda también ha explorado otros contenidos para una futura negociación de paz.¹¹ El Presidente electo, Alvaro Uribe, en el punto 41 de su *Manifiesto Democrático* expresa que es "amigo del diálogo con los violentos... para hacer la paz", y sugiere un contenido limitado para unas eventuales negociaciones: "la agenda temática de la democracia no se debe negociar bajo la presión de los fusiles". ¿Es su elección indicativa de un clima de opinión emergente que parece estar adoptando otra noción de paz - esta vez minimalista y quizás más cercana a lo posible?

Tal vez. Creo, sin embargo, que es oportuno, y hasta urgente, hacer una revisión más sistemática de los presupuestos filosóficos que informan los discursos aún dominantes en amplios sectores sobre la "paz", la política, y la misma democracia. Ensayos como el de Arthur Aughey, aquí reseñado, contienen valiosas sugerencias sobre la posibilidad de construir consensos en sociedades pluralistas. Hay que insistir. Sin mayores reconsideraciones intelectuales, seguiremos estando lejos de emprender el camino seguro hacia esa "política de la civilidad", necesaria para luchar efectivamente contra el signo fatal de la violencia.

Referencias bibliográficas

¹ "Aseguró Pastrana: No fracasó el proceso de paz", *El Heraldo*, Barranquilla, julio 16 de 2002. El portal digital de la presidencia no ha publicado el texto completo de la intervención presidencial, pero allí se puede consultar la noticia oficial del evento. En esta versión no hay alusiones a la agenda común. Véase, www.presidencia.gov.co

² Para una discusión sobre la noción de paz que ha dominado en los más diversos círculos del país, véase el trabajo de Eduardo Posada Carbó, Malcolm Deas y Charles Powell, *La paz y sus principios* (Bogotá: Libros de Cambio, 2002).

³ A pesar de la agenda común, el líder de las Farc le preguntaba al Presidente Pastrana "qué están dispuestos a negociar" "los Presidentes de los tres poderes y representantes del régimen", Carta al señor Andrés Pastrana Arango, enero 6 de 2002.

⁴ Con anterioridad, tuve la oportunidad de reseñar en estas páginas un excelente ensayo también relevante a estas reflexiones: Jonathan Stevenson, "Irreversible peace in Northern Ireland", *Survival*, vol 42, No. 3, 2000. Véase www.ideaspaz.org

⁵ Citado en Arthur Aughey, "A new beginning? The prospects for a politics of civility in Northern Ireland", en J. Ruane y J. Todds, eds., *After the good Friday agreement. Analysing political change in Northern Ireland* (Dublin, 1999), p. 125.

⁶ Aughey basa sus comentarios sobre el pensamiento de Oakeshott en su obra clásica *On Human Conduct*. Pero puede verse también su trabajo póstumo *The politics of faith and the politics of scepticism* (New Haven y Londres, 1996). En la introducción, Timothy Fuller reitera la posición de Oakeshott: "La gente con propósitos divergentes que, sin embargo, debe vivir en una misma sociedad, se beneficia de una asociación basada en la civilidad y el procedimiento en vez de un propósito unificador que sólo algunos estarían dispuestos a suscribir", *idem*, p.xiii.

⁷ Aughey, "A new beginning?", p. 131.

⁸ Para la valoración del antagonismo como elemento esencial de la política, Aughey se basa en el trabajo de Chantal Mouffe, *The return of the political* (Londres, 1993). Véase en particular su ensayo "On the articulation between liberalism and emocracy", *idem.*, pp 102 y ss.

⁹ Aughey, "A new beginning?", pp. 137-9. Una perspectiva similarmente valiosa y sugerente se encuentra en otro trabajo también reseñado en estas páginas: George Klosko, *Democratic procedures and liberal consensus* (Oxford, 2000).

¹⁰ Joaquín Villalobos, "Colombia: Negotiate, but what?", *Inter-American Dialogue Working Paper*, Washington, Junio de 2002.

¹¹ Rafael Pardo Rueda, "The prospects for peace in Colombia: lessons from recent experience", *Inter-American Dialogue Working Paper*, Julio de 2002.